

SEXO, LIBROS  
Y EXTRAVAGANCIAS

# ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	11
1. Generosidad a manos llenas .....	13
2. La censura, esa cirugía sin anestesia .....	27
3. Locos por el sexo .....	45
4. El primer encuentro: ¿choque de manos o choque de trenes? .....	68
5. Ebriedades a fondo perdido .....	89
6. Inocencias de trescientos sesenta grados .....	97
7. Maniáticos y excéntricos .....	103
8. La dura despedida de la vida .....	122
9. Sacudiendo los árboles genealógicos .....	143
10. Amigos para siempre... y enemigos para todo lo demás .....	159
11. Frentes literarios y frentes de batalla .....	192
12. Con las pasiones a costas .....	202
13. A hombros de gigantes: referencias y preferencias literarias .....	252
14. Paritorios sin personal: la esterilidad creadora .....	272

15. Dejad que los bichos se acerquen a mí .....	283
16. Fobias a la carta .....	295
17. Ambiciones, vanidades y egolatrías .....	336
18. Pobres de solemnidad .....	347
19. Bautismos e incineraciones (literarias) .....	362
20. El hechizo creador .....	374
21. Matrimonios estelares y estrellados .....	384
22. Curiosidades al por mayor .....	410
23. Rasgos personales e intransferibles .....	429
24. Dadme un tema y moveré un corazón .....	451
25. La fama: trono para unos, inodoro para otros .....	457
<i>Epílogo</i> .....	463

## INTRODUCCIÓN

Los escritores siempre han viajado de dentro para fuera con una maleta de doble fondo: en la parte descubierta, la naturalidad, para pasar desapercibidos; en la oculta, la singularidad, la personalidad de contrabando. La inspiración de los escritores es un complejo mundo de tres polos; hay un hemisferio norte poblado de recuerdos y un hemisferio sur poblado de sensaciones, y esos dos hemisferios solo pueden abrazarse atravesando un tercer polo hecho de millones de ladrillos: las palabras. Ellas son las que han propiciado esa meta de la inmortalidad a la que todos han llegado, ya sea a rastras, ya sea como Horacio se imponía a sí mismo: hiriendo con su cabeza las estrellas, si bien para esto no hay que buscar las armas más adecuadas, sino las palabras más precisas, para saber dónde herir sin matar y por dónde matar la memoria sin herir los sentimientos.

La gloria es esa sombra que el escritor persigue con una camisa de fuerza para protegerla del frío, y el lector es responsable de mantener no solo esa temperatura, sino también el peso del escritor, hasta el punto de que el perdido al morir no son esos gramos que los científicos han adscrito al alma; ese peso lo pierde la humanidad en su conjunto, en forma de desaliento. Cuando uno se enrola como soldado de infantería en el ejército de la literatura sabe que no va a haber un momento de tregua en las avanzadillas de los envidiosos, en los cañonazos de los críticos y en las crueles emboscadas de la cotidianidad, donde no existen días pares e

impares, sino inspiración en los días paridos para reservar a los malparidos una carencia total de creatividad, viendo pasar metros y metros de hilo sin puntada que los cosa.

Si algo no he hallado en los escritores es paz: ni exterior, ni interior; ni mental, ni digestiva. Antonio Machado dijo una vez que vivía en paz con los hombres y en guerra con sus entrañas, de manera que, una de dos, o salía de un confesionario o entraba en el cuarto de baño arrasándolo todo. Con los escritores no hay término medio. En ellos la paz supone una gran inconveniencia porque es la enfermedad terminal de la rutina, la adormidera de sus fantasmas, el acta de defunción de sus demonios. Si se es escritor es porque han fallado todos los ángeles y solo quedan los demonios, reclamando un premio que espanta porque consiste en entregarles la vida entera sin necesidad de hacerla antes verdadera. Los escritores son buena prueba de que los demonios dan para mucho, precisamente por lo mucho que reciben, y es que, a poco que uno les consiga la cuna adecuada, se acaban convirtiendo en el animal de compañía perfecto.

La selección de autores que he llevado a cabo reside en preferencias acérrimamente subjetivas, a veces movido no tanto por el deslumbramiento de toda una obra, sino por la oscuridad de toda una vida; así que aquí los presento a todos, o a casi todos, con sus miedos y sus fobias, sus ansias y sus inquietudes, sus odios y sus inquinas, sus miserias y sus manías, sus depresiones y sus sinsabores, sus fantasías y sus payasadas, sus derrotas y sus conquistas, sus ruidos y sus furias, sus travesuras y sus rencillas, sus inocencias y sus artimañas... ¿Qué más se puede pedir? Quizás luz, más luz, como Goethe al morir; pero... ¿para qué?

Personalmente, solo deseo que el lector encuentre el camino de entrada, pero ya no el de salida. Mucho menos el camino de vuelta. Solo me queda apartar un poco la cortina, encender la tenue luz de las candelas y pedirles que pasen, vean y escuchen lo que este abogado metido a escritor ha descubierto para ustedes, lo que aquellos gigantes han vivido para todos, pidiéndonos, desde no se sabe dónde, más que caerles en gracia, no hacerlos caer en el olvido.

# GENEROSIDAD A MANOS LLENAS

## BROTOS DE ESPONTANEIDAD

En la Inglaterra de Charles Dickens había casas de todos los tipos: de apuestas, de empeños, de lenocinio, de comidas, de acogida... El escritor tuvo muy claro desde un principio cuál de ellas debía elegir para fundar una gran familia en la que erigirse como padre putativo, así que, libre de pecado como estaba y esclavo de la fama como era, ya no necesitó tirar la primera piedra, sino poner el primer ladrillo de una gran casa que diera cobijo a «mujeres desorientadas», como denominaba eufemísticamente a las mujeres de la calle, todo ello tras persuadir a una de las filántropas más célebres de Inglaterra, de nombre Angela Burdett-Coutts, para que financiara el proyecto, encargándose el escritor de su dirección y supervisión continuadas. Situada en Broadstairs (condado de Kent, a unos 130 kilómetros al este de Londres), finalmente fue inaugurada en noviembre de 1847 y bautizada como «Casa Urania». A pesar de que Dickens a duras penas podía mantener a su propia prole —por entonces, seis hijos y otro en camino, aunque llegaría hasta diez—, asumió el pago de la renta mensual del arriendo, sufragó de su bolsillo las necesidades materiales de las internas y asistió a todas las reuniones para conocer de primera mano la evolución del hogar y las incidencias diarias que se producían, prodigando tanta bondad en los tratamientos como paciencia en las conversaciones.

Hans Christian Andersen (51)\* se pasó por allí en junio de 1857 para conocer el lugar y cenar con Dickens (45), describiéndola como «una casita muy limpia. Las ventanas daban al Canal y el mar llegaba casi hasta nuestros pies». El autor de *El patito feo* se quedó cinco semanas en casa de Dickens, si bien exhibiendo tal cantidad de excentricidades que pronto la familia compitió para ver quién sentía más retortijones. Esto no quitó que algunos amigos de Dickens se acercaran por su casa para conocer de primera mano al célebre escritor, a lo que el anfitrión no oponía ningún reparo, sino solo una viperina prevención: «No habla ningún idioma más que su danés, y sospechamos que ni siquiera lo sabe bien». Añadamos que la generosidad de Dickens no se limitó a las mujeres de la calle. Como si no tuviera suficiente con sus diez hijos, tuvo a bien ocuparse de las proles de otros, como la de un actor de la compañía de William Maccreaday, ahogado en el mar para dejar en tierra seis hijas y un hijo a los que el escritor mantuvo creando un comité de beneficencia y prestándoles asistencia personal a lo largo de los años, hasta lograr su independencia.

De joven, Mark Twain se enamoró de una niña, Laura M. Wright, y tal fue la conmoción de aquel afecto que casi medio siglo después el escritor llevaba este melancólico cómputo: «Han pasado cuarenta y ocho años, un mes y veintisiete días desde aquella separación —escribía en su *Autobiografía*—. (...) Llegué a casa el pasado miércoles procedente de Fairhaven y me encontré con una carta de Laura Wright. Me estremeció hasta lo más profundo de mi ser (...). La carta de Laura era una petición de ayuda pecuniaria para ella y su hijo discapacitado, que tiene 37 años. Es maestra. Necesitaba mil dólares y se los he enviado».

El encarcelamiento de Oscar Wilde en la prisión de Reading durante dos años forjó en él una doble sensibilidad del mismo modo que la dermis yace bajo la epidermis para protegerla y regenerarla. Durante su encierro hubo algo que echó aún más de menos que la escritura: sus dos

---

\* El autor ha considerado conveniente contextualizar con la edad del biografiado (entre paréntesis y junto a su nombre) determinadas declaraciones y/o situaciones, con el fin de dotar de todo el sentido a lo que se dice o a lo que se vivencia, acotación sin la cual ese punto de fascinación o de sorpresa se perdería.

hijos, Cyril y Vyvyan. Lejos de ellos, el afecto paterno lo trasvasó a tres mocosos que cumplían condena por el robo de unos conejos, consiguiendo que fueran puestos en libertad. La nota que escribió el día antes a su carcelero tenía un punto de conmovedora: «Figúrese lo que significaría para mí poder ayudar a estos tres niños. No encontraría palabras para poder expresar mi alegría. Si fuera posible que yo pagase la multa, diga a los niños que un amigo les pondrá mañana en libertad, que se alegren y no digan nada a nadie».

La generosidad a la que Robert L. Stevenson se consagró de por vida comenzó cuando hacia 1876 (25) su padre le prestó unas mil libras para viajes y estudios y, transcurridos dos años, ya no quedaba nada en el bote porque todo lo había ido entregando a sus amigos para pagar sus deudas y subvenir sus necesidades. Toda aquella generosidad le fue devuelta en sus últimos años de vida, transcurridos en la isla de Upolu (Samoa), donde instaló su paraíso terrenal y fue velado en vida por los indígenas como ningún cadáver fue velado nunca. No era para menos, dada su disposición a pagar cuantos gastos les fueran necesarios a aquellos que permanecían en prisión, los mismos que luego se desvivían por él y para él cuando eran puestos en libertad. Así ocurrió con los jefes mataafas, que, asumiendo todos los costes, terminaron la carretera que conducía a la casa del escritor, a la que llamaron *Ala Loto Alofa*, el Camino del Corazón Amante.

Quizás no haya generosidad más pura que la ciega, la que se hace con la mira telescópica puesta al revés sin distinguir el objetivo. Fiódor Dostoievski organizó una colecta en favor de un borracho que se paseaba por los suburbios de San Petersburgo ofreciendo a los viandantes flagelarse a cambio de unos rublos, convirtiendo la exhibición en un cruento espectáculo circense donde la única diferencia con el circo de Nerón era que los rusos no aplaudían, o bien aplaudían mucho más despacio. Pero Dostoievski no solo se descarnó con los extraños; también lo hizo con los propios, y así lo demostró con su hermano Mijaíl, por quien se desvivía no bien tenía oportunidad, llegando a considerarlo más importante que su propia esposa, María. Aquel hermano moría el 10 de julio de 1864 dejando viuda y una numerosa prole cuyas necesidades Fiódor se encargó de satisfacer, además de afrontar las deudas del difunto, cifradas en unos 25.000 rublos. «Por un hermano así estoy dispuesto

a sacrificar tanto mi cabeza como mi salud», dejaba escrito en una carta quien aún atesoraba resina suficiente en el árbol genealógico para cuidar de su otro hermano, Nikolai, cuya segunda nacionalidad era la alcohólica.

Parecido arranque al del ruso tuvo Antoine de Saint-Exupéry, quien estando destinado en Marruecos en 1927 (27) trabó amistad con un negro que un moro había comprado como esclavo, al que tanto afecto cogió que, conociendo sobradamente el escritor cuál iba a ser su destino cuando llegase a viejo y su utilidad fuera nula, decidió organizar un *crowdfunding* entre amigos y conocidos con el que recaudó dos mil francos que sirvieron a su manumisión.

En agosto de 1920 estaba H. G. Wells proyectando dónde celebrar su 54° aniversario cuando recibió una carta de Máximo Gorki que no contenía precisamente un cheque regalo. Dentro pedía su intercesión ante quien sabía era buen amigo suyo, lord Beaverbrook, escritor, político influyente y fundador de varios periódicos de renombre, todo para organizar una misión humanitaria secreta que hiciera llegar a los científicos rusos de Petrogrado y alrededores (entre los que estaba el famoso Pávlov, el de los experimentos con perros) una ración extra de grasas y azúcares, trescientas libras de manteca, mantequilla y azúcar, así como alimentos varios que no necesitaran cocción, como caramelos y chocolate, todo para que aquellas fértiles cabezas siguieran trabajando en pos de nobles fines. Wells se lo trasladó al lord y el lord se lo trasladó a su almohada. Allí se dijo: vamos a ver, Wells es hombre muy popular y tiene publicados varios libros de éxito, por no hablar de que las publicaciones quincenales de su *Perfil de la historia* se venden en torno a cien mil ejemplares por entrega, de manera que el lord lo tuvo claro: «¿Por qué no va usted mismo?» le propuso. Y así lo hizo Wells el 15 de septiembre de ese mismo año, diezmada Rusia por la guerra con Polonia y las secuelas dejadas por la Primera Guerra Mundial. Acompañado finalmente por doscientas cincuenta libras de comestibles, se hospedó con Gorki en un gran apartamento donde el ruso no había tenido más que darle una patada a la puerta para entrar e instalarse en el edificio junto con otros okupas, tomando para sí una habitación que compartía con su segunda esposa y un perro de lanas. Su primera mujer también andaba por allí, ocupando otro cuarto en alguna otra planta de aquel inmueble abandonado en una Pe-

trogrado desierta, semiderruida, desactivada y tendida entre los escombros de su gloria pasada. Wells regresó a Inglaterra a finales de octubre, con las manos tan vacías como vacía de expectativas su voluntad de ayudar a un Lenin lleno de ideas programáticas, pero carente de instrumentos para llevarlas a efecto.

Hay motes en la tierra que, sin duda, serán premiados en el cielo. Arthur Rimbaud no creyó demasiado en Dios cuando se hizo adulto, pero de niño colocó todas las piedras que le fue posible, aunque está visto que no con la argamasa adecuada. Tenía 11 años cuando salía de la capilla con el resto de sus compañeros de clase y vio cómo se lanzaban agua bendita unos a otros. El futuro poeta arremetió contra ellos dando puñetazos y patadas hasta que los profesores los separaron. Esta valentona le valió el mote de *sale petit caïot*: «Puerco santurrón».

Franz Kafka tenía un serio problema glandular, y es que sudaba generosidad por todos sus poros. Siendo jefe del departamento jurídico del Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo en Praga, fue a caer en sus manos el expediente de un viejo peón que había perdido una pierna tras serle aplastada por un montacargas lleno de ladrillos. El caso es que el asegurado contrató a ciegas un leguleyo con menos luces que escrúpulos y cuando su demanda llegó a manos de Kafka este se las llevó a la cabeza y después a la chequera para contratar a espaldas de la compañía a uno de los más afamados abogados de la capital con el fin de rehacer aquel entuerto con otra demanda a la medida de aquella desgracia. Así fue como Kafka perdió aquel proceso, pero ganó un peldaño en su reputación de benefactor. La veracidad del episodio viene de la mano de uno de sus biógrafos, Gustav Janouch, cuyo padre trabajaba en la misma oficina.

Lo de Lewis Carroll era un sinvivir: había que verlo cuidando enfermos a cualquier hora y en cualquier circunstancia, editando y enviando circulares en ayuda de aquellos conocidos que buscaban trabajo, prestando dinero, poniendo en venta los muebles de sus amigos para impedir su embargo, regalando numerosos ejemplares de sus libros a hospitales infantiles y escuelas de trabajadores adultos, todo para arrancar sonrisas y plantarlas en el palmo más árido de su desesperación.

En muy parecidos términos se movía Ezra Pound, cuyos arranques de altruismo tenían a Hemingway poco menos que conmocionado, des-

cribiendo este allá por el año 1925 cómo a sus amigos «los defiende cuando son atacados, hace que las revistas publiquen obras suyas y los saca de la cárcel. Les presta dinero. Vende sus cuadros. Les organiza conciertos. Escribe artículos sobre ellos. Les presenta a mujeres ricas. Hace que los editores acepten sus libros. Los acompaña toda la noche cuando aseguran que se están muriendo y firma como testigo sus testamentos. Les adelanta los gastos de hospital y los disuade de suicidarse».

## ÁNGELES DESPLEGANDO LAS ALAS EN TIEMPOS DE GUERRA

La primera fotografía recorre los años 1861 a 1865. Durante la guerra de Secesión Walt Whitman visitó, según sus propios cálculos, a unos cien mil soldados heridos a lo largo de tres años para infundirles ánimo y acompañarlos en su convalecencia, cuando no en su agonía, leyéndoles poesía, aunque nunca la suya. La sufrida experiencia la llevó a su poemario *Redobles de tambor*.

La segunda fotografía es del año 1917. Estados Unidos ha entrado en la Gran Guerra en el mes de abril movido por la necesidad de proteger sus bienes y sus intereses en las costas británicas: una lágrima en el ojo del huracán alemán. Alice Toklas (40) y Gertrude Stein (41) despliegan alas en Nimes, a las puertas de la Provenza francesa. Se desviven por los soldados estadounidenses que llegan heridos en trenes, empleando su propio coche para trasladarlos desde la estación a los hospitales, donde luego se encargan de proporcionarles víveres y tabaco de contrabando obtenido en Marsella para que dejen en paz los colchones, cuyo relleno lían y se fuman ansiosamente. Fue la ruina de la pareja tras invertir buena parte de sus ahorros en la compra de aparatos de rayos X, vendas, mantas, los citados cigarrillos y unos cinco mil termómetros.

En septiembre de 1942 una bomba rusa destruyó la casa del matrimonio Zilahy en Budapest. La suerte estaba echada. Tres días después comparecían ante un notario y donaban toda su fortuna al Real Tesoro magiar para que el Estado creara la llamada «Escuela de Sobresalientes». En el lote entraban el solar de la casa, los derechos de autor de Lajos, las joyas de su esposa Piroska, su productora de películas Pegazus S.A. y al-

gunas tierras, todo ello bajo condición resolutoria si el Estado húngaro incumplía la ejecución del proyecto. El acta notarial aludía a «todo cuanto poseía, absolutamente todo, lo ganado y lo por ganar», reservándose el matrimonio tan solo lo necesario para vivir modestamente junto con su hijo de 10 años. En la Pascua de 1948 Lajos (57) escribía: «Mi esposa y yo renunciamos a todos nuestros bienes, muebles o inmuebles, regalando nuestra fortuna a la juventud húngara, a fin de que se le facilite una educación de tal clase que ocupe ella el primer lugar en el cultivo de la conciencia nacional (...). Nunca he tenido o sentido un gran aprecio por el dinero, y mis pingües ingresos nunca han correspondido a mi forma de pensar y sentir. El afán del dinero como única finalidad es el mayor de los errores».

La generosidad de Jean-Paul Sartre tenía tres cuartas partes de jactancia y el cuarto restante de dudoso amor al prójimo. Cuando en 1946 (41) hizo su primer viaje a Estados Unidos aceptó los auxilios de un joven secretario llamado Jean Cau, quien logró mantenerse a su lado once años. Una de las cosas que más admiraba de su empleador no era la extracción de ideas de aquel cerebro siempre en trance de agudeza, sino la extracción de abultados fajos de billetes del bolsillo para pagar la comida a los amigos y dejar ofensivas propinas a los camareros.

También James Joyce consideró la cuestión de las propinas como una cuestión de honor que en la mayor parte de los casos solo enmascaraba una vanidad subrepticia. A pesar de andar siempre corto de dinero debido al alto tren de vida que llevaba y las cuatro bocas que debía alimentar, cuenta Sylvia Beach que su generosidad con las propinas en su restaurante favorito de París, Les Trianons, venía a ser más celebrada que las obras que iba lanzando al mercado. «Los camareros, el chico que buscaba un taxi y todos los que le servían, deben de haberse retirado con una fortuna», especulaba la librera.

Pero es Antón Chéjov quien se lleva la palma del hacer el bien sin mirar a quién. Uno de sus bastiones lo plantó en Mélijovo, pueblo donde se compró una dacha para vivir con sus padres y hermanos, a los que, junto a sus perros Bromuro y Quinina, se había jurado cuidar como si el cuarto de los mandamientos fuera una síntesis de los otros nueve. Cuando los lugareños supieron que el famoso escritor no solo curaba almas, sino también cuerpos, y que además lo hacía sin cobrar honorarios, mon-

taron auténticos campamentos a la entrada de su casa, visitas que el doctor Chéjov afrontaba con su perfil más hipócrático, colgando a primera hora una bandera roja en la puerta y haciéndolos pasar de uno en uno. Entrada de su diario un 10 de octubre de 1892 (32): «Desde agosto hasta el 10 de octubre he inscrito quinientos enfermos en mis fichas. En total he debido de examinar a más de mil... La vida ha sido dura este verano». Por si el afán de curar se quedaba corto, el escritor soltó más cuerda y demostró ser igual de válido con el afán de educar, costeando de su peculio la construcción de dos escuelas en el pueblo, para terminar convirtiéndose en ayudante de inspección, un trabajo que abarcaba cincuenta y siete escuelas en aquel territorio.

La experiencia posterior en la isla de Sajalín también fue muy productiva para Chéjov. A su modo, claro. Si Chéjov es hoy un héroe chapado a la antigua se deberá a que vivió en el siglo XIX, solo por eso, porque pocos hombres hoy habrían replicado la proeza de quien, martirizado por la tuberculosis y unas hemorroides sangrantes, afrontó aquel viaje desde Moscú a la isla de Sajalín a lo largo de cincuenta días en los que hubo de coger barco, ferrocarril y carruajes con los que recorrió en torno a 4.500 kilómetros, atravesando, entre otros territorios, el de Siberia. Carta a su amigo Alekséi Suvorin del 20 de mayo de 1890: «Durante todo el viaje he estado hambriento como un perro. Me atiborraba de pan para evitar soñar con rodaballos, espárragos, etc.» Carta al mismo amigo del 11 de septiembre, navegando en el Baikal tras vivir en el norte de la isla dos meses: «He tenido la paciencia de hacer el empadronamiento de toda la población de Sajalín. He recorrido todos los lugares de deportación, he entrado en cada isba, he hablado con todo el mundo. He utilizado un sistema de fichas e inscrito a cerca de diez mil presidiarios y deportados. Dicho de otro modo, no hay en Sajalín un solo preso o deportado con quien no haya hablado».

Pero su santidad fue más allá que la del mártir galeno. Si Chéjov tenía entre ceja y ceja una cuenta pendiente era la de dotar culturalmente a su ciudad natal, Taganrog, lo que hizo en marzo de 1898 adquiriendo en Niza para su biblioteca municipal trescientos diecinueve volúmenes de autores clásicos franceses. Carta a su hermana: «No tengo dinero, pero no he podido contenerme, y me ha costado caro». Aun en sus últimos años de vida hará a esa biblioteca catorce donaciones importantes, inclu-

yendo buena parte de su biblioteca personal con ocasión de su traslado desde Mélijovo a su nueva casa en Yalta, colmando las bibliotecas de otras localidades cercanas cuando en la de Taganrog ya no entraron más libros. Nada de esto le pasó desapercibido al zar Nicolás II, quien le concedió la «nobleza hereditaria» como premio a sus «esfuerzos en pro de la instrucción del pueblo», título que Chéjov llevó con absoluta discreción, prefiriendo mucho más jactarse de otros logros, como el que trasladó con orgullo a su amigo Alekséi Suvorin en junio de 1899, informándole de cómo había logrado erigir tres escuelas, a razón de tres mil rublos cada una de las dos más grandes, invirtiendo en la tercera, «más pequeña, cerca de dos mil».

Era ese el año en que el escritor se instalaba junto a padres y hermanos en la que sería su última morada: Yalta (Crimea), donde los pulmones le pedían aire y el resto del cuerpo seguir haciendo buenas obras, aunque su avanzada tuberculosis ya le obligara a decir las cosas y pensar proyectos en singular, dado el pésimo pronóstico de su futuro a medio plazo. Así es como se decantó por una buena obra más, la última, que anunció emocionado por carta a su amigo Máximo Gorki: un sanatorio para tuberculosos, cuyos fondos recolectará tras dirigirse a todos los periódicos del país reclamando aportaciones. Logrado el objetivo, lo bautizó con el nombre de Yautzlar, un edificio más bien pequeño con capacidad para solo veinte enfermos, quedando a sus puertas muchos otros, a los que Chéjov alojó en otro lugar, ocupándose personalmente de su manutención tras el cobro de 75.000 rublos en enero de 1899 por la venta al editor A. F. Marx de los derechos de autor de cuantas obras había publicado hasta ese momento. «Me he vuelto marxista», bromeaba.

A finales de 1902 aún lograría recaudar 40.000 rublos más que, sumados a otros 5.000 puestos de su propio peculio, destinó a la compra cerca de su casa de un inmueble que terminó convirtiéndose en el Sanatorio A. Chéjov. Los inusuales momentos de descanso que su obra y sus buenas obras le concedían los aprovechaba Chéjov en ayudar a los amigos a no quitarse la vida. Crudo, muy crudo lo tuvo para controlar cada movimiento de su amigo el pintor Isaac Levitan a fin de que no se gajara sus días en lo que a él le duraba un lavado de dientes. Así es como escribía a su amigo Nicolas Leikin el 9 de mayo de 1885: «(Levitan) ha intentado ahorcarse. Me lo he traído a mi casa y lo saco a pasear. Tengo

la impresión de que ahora va mejor». Ardua tarea esta teniendo en cuenta lo que su hermana María —que vivía con ellos, al igual que el resto de la familia Chéjov— dejó escrito a golpe de memoria: «Durante sus periodos de sombría melancolía quería poner fin a sus días, ahorcarse, dispararse un tiro de pistola». Al final fueron sus pulmones los que le hicieron el favor sin haber cumplido los cuarenta...

## ESCRITORES EN AUXILIO DE ESCRITORES

Si ya son inusuales cualesquiera actos de generosidad, sean predeterminados o espontáneos, más raro es que la generosidad se propague por polinización, *inter pares*, de igual a igual, en este mundo infectado por un raquitismo ético donde los salvavidas tienen el ancho adecuado para salvarse de uno en uno.

En la primavera de 1895 el deterioro mental de August Strindberg (45) llegó a ser tan severo que un puñado de admiradores cercanos se puso manos a la obra y empezó por sanear sus cimientos económicos. A la cabeza de la cuadrilla estaba uno de sus más entregados devotos, Knut Hamsun, a la sazón de 36 años, quien organizó una colecta para recabar fondos en su país fetiche, Alemania, reuniendo una cantidad más que digna hasta parificar la dignidad vital del sueco con su talento creador. El caso es que Strindberg rechazó el dinero con una mezcla de pudor y orgullo argumentando que él ni había pedido aquella ayuda, ni la necesitaba. Al final quien resultó damnificado fue el propio Hamsun, centro de todas las sospechas sobre una falsa filantropía para darse autobombo publicitario.

Si de colectas hablamos, la que Iván Turguéniev organizó para hacer un monumento en París a Gustave Flaubert, recientemente muerto, no tenía nada de autobombo, sino de bombeo: el que manaba de su corazón, inconsolable tras el fallecimiento de su amigo. Así es como dos meses después del óbito creó un comité al frente del cual puso a alguien tan poco digno de sospecha como Victor Hugo. Sin embargo, cuando su generosidad rebasó fronteras y abrió una suscripción en Rusia la cosa le fue fatal por culpa de la desconfiada naturaleza eslava, ganando por goleada la impresión de que lo que realmente perseguía el escritor era quedarse

con el dinero o, lo que era peor, obtener una condecoración del Gobierno francés.

En 1926 Robert Graves (31) se fue a El Cairo con su mujer y su re-cua de hijos tras aceptar una invitación para dar clases de inglés. El sueldo era más que decente, pero en la balanza pesaba lo mismo que las cinco bocas a mantener. Ante su muda voz de alarma, T. E. Lawrence —el de Arabia— (38) acudió en su ayuda regalándole un ejemplar dedicado de la primera edición de *Los siete pilares de la sabiduría*. La dedicatoria rezaba así: «Por favor, véndelo cuando lo hayas leído». Graves se apuró a obedecer y sacó 300 libras del ruego. Años después las tornas se invertían entre ellos cuando en febrero de 1935 Lawrence cursaba su baja en la RAF y su sueldo se reducía drásticamente, a razón de una indigna libra por semana, nada que ver con las jugosas cifras que por entonces Graves manejaba gracias al éxito de ventas de *Yó, Claudio*, de manera que cuando este se enteró de la muy precaria situación de su amigo le escribió: «Quiero subirte el sueldo a dos libras y dos chelines a la semana durante un año o así. ¿Puedo? Contaré con dinero a partir de marzo, cuando empiece a recibir las entradas de *Claudio*». El orgullo de Lawrence dio al traste con el resto de pecados capitales y lo llevó a negarse en redondo; aunque de poco le habría servido agarrar la mano que se le tendía, ya que tres meses después moría en un accidente de moto al romperse la cabeza contra el asfalto.

La mano que le tendió Arthur Miller a Fernando Arrabal fue mucho más allá que para soltarle un puñado de dólares. Cuenta Miller en sus memorias cómo el dramaturgo melillense, exiliado en París por oposición al régimen franquista, pisó Madrid para asistir a la representación de una de sus obras, a cuyo término resistió todo tipo de tentaciones salvo una: dedicar uno de sus libros plasmando —o, más bien, cataplasmando— un chiste obsceno donde el Caudillo figuraba como protagonista estelar, lo que le valió una acusación penal que llevaba aparejada una condena a varios años de prisión. Sus amigos tomaron cartas en el asunto y telegrafaron a Miller implorando su intervención, ya que, al parecer, el juez instructor era devoto aficionado al teatro y el nombre del estadounidense operaría la magia de la que sería incapaz el mejor abogado de la capital. No se equivocaron. «Le envié un telegrama en el que aseguraba a su señoría que Arrabal era un dramaturgo de primera línea y uno de mis preferidos desde hacía años, tras lo que permitió que un

ingenio tan notable como Arrabal abandonara España con la promesa de no volver nunca más».

Ezra Pound consideraba que la lámpara mágica de Aladino contenía un superávit innecesario de propiedades, pudiéndose reducir los tres deseos a uno solo: ayudar a los demás. Y ya no digamos si se trataba de su admirado amigo T. S. Eliot, escaso de dinero —las 500 libras anuales que por entonces ganaba como empleado del Lloyds Bank eran insuficientes—, sin excesivas ganas de vivir tras la publicación de su *Tierra baldía* en 1922, a cuestas con su depresión y acosado por las deudas que generaba el tratamiento médico de su esposa Vivienne. No es de extrañar que con tan penosos antecedentes, mucho peores que los penales, Pound creara un fondo de ayuda al que llamó *Bel Esprit*, lo que favoreció otras iniciativas en cascada a su favor, como la de la mecenas multimillonaria Ottoline Morrel, creadora del «Fondo de becas Eliot», o la de Virginia Woolf, que propuso nombrar a Eliot director literario de *Nation*.

William Butler Yeats tenía un don especial para captar dónde había un genio pidiendo socorro, y otro don más especial aún para ponerse al servicio de sus órganos más quebrantados, que, normalmente, eran los bolsillos de los pantalones. No bien se enteró de que en junio de 1915 su compatriota James Joyce (33) había arribado a Zúrich desde Trieste, escribió a Edmund Gosse —funcionario que concedía las becas en la Real Fundación para la Literatura— reclamando una para Joyce y así aliviar la penuria económica a la que la guerra le había abocado junto a su mujer y a sus dos hijos pequeños, rematando la petición con esta credencial: «Creo que es un hombre de talento genial». Escribió también al secretario de la Fundación alabando el «muchísimo talento» de Mr. Joyce y dando por seguro que era «el principal talento nuevo de Irlanda en la actualidad». Ezra Pound, que tenía el hombro pelado de tanto arrimarlo a las buenas causas, aportó su saco de arena escribiendo a la misma Fundación con idéntico propósito, alabando a Joyce como el mejor prosista del momento y, midiendo con cierta generosidad la pista de aterrizaje, comparando su obra con la de Flaubert y Stendhal, a pesar de que por entonces solo había escrito *Dublineses* y *Retrato del artista adolescente*. La unión hizo la beca y el resultado fue la concesión de setenta y cinco libras a pagar en plazos trimestrales.

Pero Pound y Yeats no se limitaron a quedarse en aquella posta y se propusieron llegar a otras, compelidos por el largo camino que Joyce se había marcado. Sabedor Pound de que Yeats estaba percibiendo una pensión oficial del Gobierno inglés le pidió información y Pound terminó mandando los dos libros de Joyce a las más altas esferas, que, movidas por los informes favorables del propio Yeats y del novelista irlandés George Moore, terminaron por proponer al primer ministro la inclusión de James Joyce entre los pensionados. El resultado fue la concesión de cien libras anuales. Carta de Joyce a Yeats el 14 de septiembre de 1916: «Parece que, por fin, las cosas empiezan a ser menos difíciles para mí, y espero que siga siendo así porque, a decir verdad, es muy cansado esperar y aguardar tantos años».

Era fácil seguir el rastro de Joyce por Europa. Se le iban descolgando telarañas de los bolsillos. Así que pronto se enteró Ezra Pound de que su admirado irlandés había recalado en París junto a su familia un 8 de julio de 1920, en principio para quedarse una semana, si bien el destino amplió la garantía de permanencia a veinte años. Desde un inicio su mayor valedor fue Pound, por entonces cliente a jornada completa en el Hotel Elysée, quien se desvió por que los libros de Joyce fueran traducidos al francés, en especial *Retrato del artista adolescente*, aunque sin querer saber nada por el momento de su *Ulises*, del que ya se atisbaba el final, a falta de solo tres capítulos. James llegó a París con una mano delante y otra detrás, sin poder pagarse el alquiler de una vivienda y mendigando para su hijo una cama plegable con sus mantas y sábanas. Con la ayuda de Ezra Pound, que le iba dando el poco dinero que le sobraba —al que se añadió una providencial donación de dos mil libras de la mecenas Harriet Weaver— pudo vivir durante una temporada con la diestra desacoplada, pendiente tan solo de terminar su *Ulises*. Diez años después de la publicación del libro, en 1932, Joyce decía esto de su valedor: «No se puede decir mayor verdad que afirmar que todos le debemos mucho. Pero yo más que todos, sin duda alguna. Hace ya casi veinte años desde que empezó su vigorosa campaña para ayudarme y es probable que de no ser por él yo aún sería el ganapán desconocido que él descubrió».

En cierta forma, la generosidad de Álvaro Mutis contribuyó, por lo menos, a un par de años de los cien que Gabriel García Márquez desce-

rrajó a la soledad tras pasarse encerrado a cal y canto durante catorce meses para inventar cada metro cuadrado de Macondo. Entre los ahorros que tenía y el dinero que Mutis le dio, logró reunir 5.000 dólares que fueron a manos de su mujer, Mercedes, quien los administró con un cálculo infinitesimal que casi sonaba a tributo newtoniano. Gabo eligió para su reclusión un cuartucho que tapió con madera y al que bautizó La Cueva de la Mafia. Sus medidas eran tres metros de largo por dos y medio de ancho que daban cabida a un aseo, un diván, una estantería con libros y una mesa con una máquina Olivetti atornillada a ella. Eso era todo. Estando previstos los 5.000 para subvenir seis meses de escritura, lo cierto es que llegado ese plazo la novela todavía se arrastraba por la mitad, así que Gabo estiró el tiempo y aumentó la cesta de la compra empeñando el Opel blanco adquirido con el producto del premio otorgado a *La mala hora*, sacrificio que solo sirvió para subsistir otros cuatro meses, superados los cuales Mercedes se obstinó en empeñarlo todo, hasta que solo quedaron el secador de pelo, la batidora y el calentador. Mutis los visitaba casi a diario, y es que ver salir de La Cueva a su héroe era todo un espectáculo. En palabras de Mutis: «Bestial».

El novelista Jean Genet tuvo suerte de haber nacido en Francia y de tener madera noble en lo literario. Su *curriculum vitae* lo inició mucho antes robando cosas que robando ideas, siendo enviado a un reformatorio a los 10 años de edad para terminar cogiendo gusto a los espacios cerrados y pasarse los treinta años siguientes saltando de cárcel en cárcel por buena parte de Europa. Hartos los jueces de tanto trasiego, al décimo robo terminaron por condenarlo a cadena perpetua, pena que, sin embargo, le sería conmutada gracias a la intervención de la plana mayor de la literatura francesa, como Gide, Sartre o Cocteau, si bien pronto se olvidó Genet del paso adelante dado por aquellos espadachines... Sartre terminó pidiéndole que lo acompañara en un viaje que debía hacer a Rusia porque temía aburrirse mortalmente si iba solo, a lo que Genet se negó alegando que también él tenía miedo a aburrirse a muerte allí, con o sin Sartre. Fue en la cárcel donde Genet escribió toda su obra, de manera que cuando salió ya no le quedaba ningún libro para redimirse, salvo uno: *El diario de un ladrón*.